

lo menos un objeto real de sufrimiento : ¡deseo espantoso, que Dios en su cólera ha escuchado sobradamente!

»¿Qué voy á revelaros , amigos míos? ¡Ved las lá-

grimas que brotan de mis ojos! ¡No há muchos días, nadie hubiera conseguido arrancarme este secreto... Hoy , todo ha terminado!

»Quede, sin embargo, ¡oh ancianos! sepultada esta



BENEDICTO

RENE REFIERE SUS AVENTURAS AL PADRE SOUEL Y A CHACTAS.

historia en eterno silencio; no olvideis que os ha sido contada á la sombra del árbol del desierto.

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

á restituirme. Enflaquecía, sus ojos se hundían, su paso era incierto, y trémula su voz. Un día la sorprendí anegada en llanto á los piés de un crucifijo. El mundo, la soledad, mi ausencia, mi presencia, la noche, el

dia, todo en fin, la alarmaba igualmente. Espiraban en sus labios involuntarios suspiros; ya resistía sin cansancio una larga escursion, ya apenas acertaba á moverse; tomaba y abandonaba como al azar su labor;

abrir un libro y no podía leer; empezaba una frase y no la concluía; rompía de improviso en llanto, y se retiraba á orar.

»Esforceme en vano por sorprender su secreto,



CANTO DEL ULTIMO BARDO.

pues cuando le dirigia alguna pregunta, estrechándola en mis brazos, me respondía con triste sonrisa que era como yo, y que no sabia lo que la aquejaba.

»Así trascurrieron tres meses, y su estado empeoraba

por momentos. Parecíame que la causa de sus lágrimas era una correspondencia misteriosa, porque se mostraba mas serena ó agitada, según las cartas que recibía. Finalmente, habiendo transcurrido una mañana

la hora en que nos desayunábamos juntos, subí á su aposento; llamé, pero nadie me respondió; entreabrí la puerta, pero á nadie encontré. Penetré absorto y vi sobre la chimenea un paquete á mi nombre; tomélo con mano trémula, abrílo, y lei esta carta, que conservo para alejar de mí en lo sucesivo todo movimiento de alegría:

A RENE.

«El cielo me es testigo, hermano mio, de que daría mil veces mi vida para evitarte un momento de pesar; pero siendo tan desgraciada como lo soy, nada



RENÉ JURA A SU HERMANA NO ATENTAR CONTRA SUS DIAS.

«albergues de la Religión, porque la tierra no ofrece cosa alguna digna de tí.

«No te recordaré tu juramento, pues conozco la fidelidad de tu palabra. Lo has jurado y vivirás por mí. ¿Hay algo mas miserable que el pensar á todas horas en arrancarse la vida? Para un hombre de tu temple es harto fácil morir, pero cree á tu hermana: es mucho mas difícil vivir.

«Abandona pronto, hermano mio, una soledad que tanto te perjudica, y busca alguna ocupacion. Sé que te ries con amargura de la necesidad en que se está en Francia, de tomar un estado. No desprecies tanto la experiencia y la sabiduría de nuestros padres, pues es preferible, mi querido René, asemejarse un po-

«puedo hacer por tu felicidad. Perdóname por haberme ausentado de tu casa, cual una delincuente; sino lo hubiera hecho así, no hubiese podido resistir á tus ruegos, y no obstante, era indispensable partir... ¡Dios mio! ¡compadécete de mí!

«Ya sabes, René, que siempre he sido inclinada á la vida religiosa; tiempo es ya de que ponga en obra las sugerencias del cielo. ¿Por qué he tardado tanto? ¡Dios me ha castigado por mi tibieza. He permanecido en el mundo por tí... Perdona la turbacion que me causa la necesidad de alejarme de tu lado.

«Ahora conozco, hermano mio, cuán provechosos son esos asilos contra los cuales te he oido declamar muchas veces, pues hay desgracias que nos separan para siempre de los hombres; sin ellos, ¿qué sería de los infortunados...? Estoy persuadida de que tú mismo, hermano mio, hallarías tu descanso en esos

«co á la generalidad y ser algo menos desgraciado.

«Tal vez hallarías en el matrimonio un consuelo á tu tedio, y una esposa y unos hijos que ocupasen tus dias. ¿Y qué mujer no se esmeraría en hacerte feliz? El fuego de tu alma, la bondad de tu carácter, tu aire noble y apasionado, tu mirada altiva y tierna, te asegurarían su amor y su fidelidad. ¡Ah! ¡Con cuánta delicia no te estrecharía entre sus brazos y sobre su corazón! ¡Cómo se fijarían en tí todas sus miradas y todos sus pensamientos, para adivinar tus mas ligeras penas! Todo en ella sería amor é inocencia delante de tí, y tú creerías hallar en ella una nueva hermana.

«Partó para el convento de.... Este monasterio,

«construido á orillas del mar, se adapta bien á la situacion de mi alma. Durante la noche oí desde mi celda el murmullo de las olas que bañan las paredes del convento, y recordaré nuestros antiguos paseos en medio de los bosques, cuando nos parecia escuchar el estruendo de los mares en las agitadas copas de los pinos. ¡Amable compañero de mi infancia! ¿Será que no torne á verte? Poco mayor que tú en edad, te mecía en la cuna, y muchas veces hemos dormido á la par. ¡Ah! ¡Si nos reuniese un dia la misma sepultura! ¡No! Yo debo dormir sola bajo los helados mármoles de este santuario, donde descansan para siempre esas vírgenes que nunca amaron.

«No sé si podrás leer estas líneas, medio borradas por mis lágrimas. Despues de todo, ¿no hubiera sido forzoso separarnos un poco mas temprano ó mas tarde? ¿A qué hablarte de la incertidumbre y del escaso valor de la vida? No te habrás olvidado de la jóven M... que naufragó en la isla de Francia. Cuando recibiste su última carta, algunos meses despues de su muerte, ni siquiera existían sus despojos mortales, y al empezar en Francia su luto, se concluía en las Indias. ¿Qué es, pues, el hombre, si tan presto se desvanece su memoria? ¡Una parte de sus amigos supo su muerte cuando la otra estaba ya consolada! ¿Querido, y demasiado querido René! ¿se borrará mi recuerdo con la misma facilidad de tu corazón? ¡Oh hermano mio! me he alejado de tí en el tiempo, para no verme separada de tí en la eternidad.

«AMELIA.»

«P. D.—Incluyo el acta de donacion de todos mis bienes, y espero no rehusarás esta pequeña muestra de mi amistad.»

«Un rayo que hubiese caido á mis piés no me hubiera causado el espanto que esta carta. ¿Qué secreto me ocultaba Amelia? ¿Quién la obligaba á abrazar tan súbitamente la vida religiosa? ¿No me habia rescatado á la existencia, merced á los encantos de la amistad, sino para abandonarme de improviso? ¡Oh! ¿Por qué habia venido á disuadirme de mi proyecto? Un movimiento de compasion la habia obligado á correr en mi busca; pero cansada en breve de un penoso deber, se apresuró á abandonar á un desgraciado, sin mas apoyo que el suyo. Créese haber hecho todo lo posible cuando se ha evitado que un hombre muera. Tales eran mis quejas; pero volviendo luego en mí mismo, decia: «¡Ingrata Amelia! si tú hubieras ocupado mi lugar; si á semejanza mia, te hubieras perdido en el vacío de tus dias, ah! no te hubieses visto abandonada de tu hermano.»

«No obstante, al leer una y otra vez la carta, descubria en su contenido cierto sello de tristeza y de ternura que desgarraban mi corazón. Súbitamente me asaltó una idea que despertó en mí una esperanza: dime á pensar que Amelia habia concebido tal vez por algun hombre una pasion que no se atrevia á declararme. Esta sospecha me explicaba su melancolía, su misteriosa correspondencia y el apasionado estilo de su carta. Escríbele, pues, sin demora, suplicándola me abriese su corazón.

«No tardó en contestarme, pero sin descubrirme su secreto, participándome únicamente que habia conseguido la dispensa del noviciado, y que iba á pronunciar sus votos.

«Mucho me irritaron la obstinacion de Amelia, el misterio que encerraban sus palabras, y su escasa confianza en mí.

«Despues de haber titubeado un momento acerca del partido que debia adoptar, resolví trasladarme á B... para hacer el último esfuerzo cerca de mi her-

mana. Al efecto érame preciso atravesar el país en que habia visto huir mis primeros años; por lo que, cuando descubrí los bosques testigos de mis únicos momentos de felicidad, ni pude reprimir mi llanto, ni resistir la tentacion de despedirme de ellos por la postrera vez.

«Mi hermano habia vendido la herencia paterna, y el nuevo propietario no la habitaba. Llegué al castillo por la larga alameda de abetos, atravesé á pié los desiertos patios, y me detuve á mirar las ventanas, cerradas ó medio rotas, los cardos que crecían al pié de las paredes, las hojas hacinadas en el dintel de las puertas, y aquel pórtico solitario donde tantas veces habia visto á mi padre rodeado de sus fieles servidores. Los escalones estaban cubiertos de musgo, y los aledaños amarillos brotaban entre las rotas é inseguras piedras. Un conserje desconocido me abrió brusca-mente las puertas, y al ver que vacilaba al salvar el umbral exclamó: «¡Bah! ¿Hareis lo que la extranjera que vino aquí pocos dias há, y que al ir á entrar se desmayó, siéndome forzoso llevarla á su coche?» Fácil me fue reconocer la extranjera que, como yo, habia ido á pedir á aquellos lugares, lágrimas y reminiscencias.

«Cubriendo un momento mis ojos, entré en el desierto hogar de mis antepasados, y recorrí los aposentos cuyos ecos repetían el rumor de mis pasos. La escasa luz que penetraba á través de los entreabiertos postigos, alumbraba apenas las habitaciones; visité la alcoba en que mi madre perdiera la vida al comunicármela; el aposento donde se retiraba mi padre, el en que yo habia dormido en la cuna, y en fin, aquel donde la amistad habia recibido mis primeros votos en el seno de una hermana. Todas las salas estaban desnudas de sus tapices, y las arañas tejían su tela en los abandonados salones. Salí presuroso de aquellos lugares, y me alejé sin atreverme á volver la cabeza. ¡Cuán dulces, empero cuán rápidos son los momentos que los hermanos y las hermanas pasan en sus años juveniles reunidos á la sombra de las alas de sus ancianos padres! La familia del hombre vive un dia, pues el soplo de Dios la dispersa como el humo; el hijo conoce apenas al padre, este al hijo, el hermano á la hermana, esta al hermano. La encina ve germinar en su derredor sus bellotas: sucede así con los hijos de los hombres?»

«Al llegar á B..., me hice acompañar al convento, y pidiendo hablar á mi hermana, supe que á nadie recibia. Escríbele, y me respondió que, próxima á consagrarse á Dios, no le era lícito dedicar un solo pensamiento al mundo; y que, si la amaba, evitase abrumarla con mi dolor. Y añadía: «No obstante, si quieres presentarte en el altar el dia de mi profesion, dignate servirme de padre; este papel es el único digno de tu valor, el único que conviene á nuestra amistad y á mi reposo.»

«Esta glacial firmeza, tan en oposicion con el calor de mi amistad, me entregó á violentos arrebatos. Unas veces me sentia tentado á alejarme; otras me proponia quedarme, sin otro objeto que el de turbar el sacrificio, pues el infierno me sugería la idea de matarme á puñaladas en la iglesia, para mezclar mis últimos suspiros á los votos que me arrebataban mi hermana. La superiora del convento me hizo avisar que se habia preparado un banco en el santuario, y me invitaba á concurrir á la ceremonia, que debia celebrarse al dia siguiente.

«Al amanecer, oí el primer tañido de las campanas, y á las diez me arrastré en una especie de agonía, al convento. Nada hay mas trágico que presenciar semejante espectáculo; nada mas doloroso que sobrevivir á él.

«Un gentío inmenso henchía la iglesia, y fui conducido al banco del santuario; al llegar á él caí de rodillas, casi sin saber donde me hallaba ni cual era mi

designio. El sacerdote esperaba en el altar, cuando abriéndose la reja misteriosa, Amelia se adelantó ataviada con todas las galas del mundo. Mostrábase tan hermosa, brillaba en su semblante cierto sello tan divino, que escitó un movimiento de sorpresa y de admiración. Vencido por el glorioso dolor de aquella santa, y abismado ante la grandeza de la Religión, desvaneciéronse todos mis proyectos de venganza: abandonado de mis fuerzas, sentíme ligado por una mano omnipotente, y en lugar de blasfemias y de amenazas, solo hallé en mi corazón una adoración profunda y los gemidos de la humildad.

»Amelia se colocó debajo de un dosel, y el sacrificio empezó al resplandor de las antorchas, entré las flores y los perfumes que debían hacer agradable á Dios el holocausto. Al llegar al ofertorio, el sacerdote se despojó de sus vestiduras, y conservando una túnica de lino, subió al púlpito para pintar en un discurso sencillo y patético, la felicidad de la virgen que se consagra al Señor. Cuando pronunció estas palabras: «Hase mostrado semejante al incienso que se consume en el fuego», pareció que se esparcían por el auditorio una gran calma y celestiales aromas: el alma se sentía al abrigo de las alas de la paloma mística, y creía ver á los ángeles bajar al altar y subir de nuevo á los cielos con perfumes y coronas.

»Terminado su discurso, el sacerdote volvió á tomar sus vestiduras y prosiguió el sacrificio. Amelia, apoyada en dos jóvenes religiosas, se arrojó en el último escalon del altar. Entonces vinieron á buscarme para que desempeñase las funciones de padre. Al rumor de mis pasos, que vacilaban en el santuario, Amelia se sintió próxima á desmayarse. Colocáronme al lado del sacerdote, para que le presentase las tijeras: en aquel momento ví renacer mis trasportes, y mi furor iba á estallar cuando Amelia, haciendo un esfuerzo, me dirigió tal mirada de reconvencción y de dolor, que me desarmó, dejándome aterrado. ¡Triunfó la Religión! Mi hermana, aprovechando mi turbación, adelantó resueltamente la cabeza, y su hermosa cabellera cayó por todos lados al golpe del hierro sagrado; una larga túnica de estambre reemplazó los atavíos del siglo, sin hacerla menos interesante; las amarguras que en su frente se retrataban ocultáronse bajo una toca de lino; y el velo misterioso, doble símbolo de la virginidad y la Religión, envolvió su desnuda cabeza. Nunca se había mostrado tan hermosa. Los ojos de la penitente estaban fijos en el polvo del mundo, y su alma habitaba el cielo.

»Amelia no había pronunciado aun sus votos, y para morir al mundo érale preciso pasar por el sepulcro. Tendióse pues sobre el mármol, y cubrióse la con un paño mortuorio en cuyas cuatro esquinas ardían otros tantos cirios. El sacerdote, adornado con la estola y con un libro en la mano, empezó el oficio de difuntos, que fue continuado por las jóvenes vírgenes. ¡Oh alegrías de la Religión, cuán grandes, mas cuán terribles sois! Habiéndoseme obligado á arrodillarme cerca de aquel fúnebre aparato, oí resonar súbitamente un murmullo confuso debajo del velo sepulcral; inclinéme, y llegaron á mi oído estas palabras espantosas, que solo yo escuché: «Dios de misericordia! ¡Ház que jamás me levante de este lecho mortuorio, y colma con tus mercedes á un hermano que no ha sido cómplice en mi criminal pasión!»

»A estas palabras, pronunciadas por la tumba, me iluminó la horrorosa verdad: extravióse mi razón, y dejándome caer sobre la mortaja, estreché en mis brazos á mi hermana, exclamando: «¡Casta esposa de Jesucristo! ¡recibe mis últimos abrazos á través del hielo del sepulcro y de las profundidades de la eternidad, que ya te separan de tu hermano!»

Aquel movimiento, aquellas exclamaciones y lágrimas turbaron la ceremonia; el sacerdote se interrumpió, las monjas cerraron la reja, la multitud se agitó

en tropel hacía el altar, y yo fui llevado, presa de un parasismo. ¡Cuán poco agradezco los esfuerzos de los que me restituyeron á la vida! Al recobrar el uso de mis sentidos, supe que el sacrificio había sido consumado, que mi hermana había sido acometida de una calentura ardiente, y que había encargado me suplacasen no instase verla de nuevo. ¡Oh miseria de la vida! Una hermana teme hablar á un hermano, y este teme hacer oír su voz á aquella! Salí del monasterio como de ese lugar de expiación donde las llamas nos preparan para la vida celestial, y donde como en los infiernos se ha perdido todo, menos la esperanza.

»Podemos hallar fuerza en nuestra alma contra una desgracia personal; pero es de todo punto superior á nuestro alcance consolarnos cuando somos causa involuntaria de un infortunio ajeno. Conociendo ya los males de mi hermana, reflexioné lo que había debido sufrir, y me expliqué muchas cosas que no había podido comprender: la mezcla de alegría y de tristeza que Amelia había dejado traslucir al emprender mis viajes; su empeño en no verme á mi regreso, y la irresolución que durante tanto tiempo le impidiera entrar en un monasterio: ¡la desgraciada se prometía sin duda su curación! Sus proyectos de retiro, la dispensa del noviciado y la donación de sus bienes en mi favor, habían motivado la correspondencia secreta que había contribuido á alucinarme.

»¡Oh amigos míos! Al fin supe lo que era derramar lágrimas por un no imaginario infortunio. Mis pasiones, tanto tiempo indeterminadas, se precipitaron con furor sobre esta primera presa; hallé una especie de satisfacción inesperada en la plenitud de mi amargura, y vi con cierto secreto movimiento de alegría que el dolor no es una sensación que se agota con tanta facilidad como el placer.

»Yo había proyectado dejar la tierra antes de la hora señalada por el Omnipotente; en espíacion de tan enorme crimen, Dios me había enviado á Amelia para salvarme y castigarme á la vez. Y ved aquí cómo todo pensamiento culpable, toda acción criminal arastran en pos grandes perturbaciones y desgracias. Amelia me pedía que viviese, y yo debía no aumentar sus males. Por otra parte, ¡cáso extraño! desde que era realmente desgraciado, no deseaba la muerte. Mi dolor había llegado á ser una ocupación que llenaba todos mis instantes; ¡tan amasado, por decirlo así, está mi corazón de tedio y de miseria!

»Tomé, pues, de improviso la resolución de abandonar la Europa y trasladarme á América.

»Como aparejase á la sazón una flota en el puerto de B..., con rumbo á la Luisiana, me ajusté con uno de los capitanes de navio, y despues de participar mi proyecto á Amelia, solo me ocupé de mi partida.

»Mi hermana había llegado á las puertas de la muerte; pero Dios, que le destinaba la primera palma de las vírgenes, no quiso llamarla tan presto á sí; ¡muy larga fué su prueba en la tierra! Entrando de nuevo, en la fragosa senda de la vida, la heroína, doblada al peso de la cruz, salió animosamente al encuentro de los dolores, viendo el triunfo en el combate, y el exceso de la gloria en el exceso de los sufrimientos.

»La venta de los escasos bienes que me quedaban, y que cedí á mi hermano; los largos preparativos de un convoy y los vientos contrarios me detuvieron largo tiempo en el puerto. Todas las mañanas iba á informarme de la situación de Amelia, y volvía siempre con nuevos motivos de admiración y lágrimas.

»Recorria sin cesar las inmediaciones del monasterio, construido á orillas del mar. Muchas veces veía sentada á una pequeña reja que daba á una playa desierta, una religiosa que meditaba en actitud pensativa al aspecto del Océano, en que se veía algun bajel que navegaba á los confines de la tierra. Muchas veces á la claridad de la luna volví á ver la misma religiosa en la misma ventana, contemplando el mar ilumina-

nado por el astro de la noche, y prestando oído al monótono rumor de las olas que se estrellaban tristemente en las solitarias arenas.

»Creo escuchar aun la campana que durante la noche llamaba á las religiosas á Maitines. Mientras sonaba lentamente, y las vírgenes se adelantaban silenciosas al altar del Todopoderoso, yo corría al monasterio, al pié de cuyas paredes escuchaba en santo éxtasis los últimos ecos de los cánticos, que se confundían bajo las bóvedas del templo con el débil murmullo de las olas.

»Ignoro por qué misterio todas estas cosas, que hubieran debido fomentar mis penas, embotaban por el contrario su aguijón; mis lágrimas eran menos amargas cuando las derramaba sobre las rocas y entre los vientos. Hasta mi melancolía, extraordinaria por su naturaleza, hallaba en sí misma algun remedio; pues como el hombre goza en lo que no es común, aun cuando sea una calamidad, casi concebí la esperanza de que mi hermana llegaría á su vez á ser menos infeliz.

»Una carta que de ella recibí antes de mi partida, me confirmó en estas ideas. Amelia deploraba tiernamente mi dolor, y me aseguraba que el tiempo disminuiría el suyo. «No desconfío, me decía, de mi felicidad, pues el exceso mismo del sacrificio, una vez consumado este, sirve para devolvernos alguna paz.

»La inocencia de mis compañeras, la sinceridad de sus votos y la regularidad de su vida, derraman un bálsamo sobre mis dolores. Cuando escucho mugir las tormentas, y las aves marítimas vienen á batir sus alas á mi ventana, yo, pobre paloma del cielo, pienso en la felicidad que he tenido en hallar un abrigo contra la tempestad. Esta es la montaña santa, la enhiesta curable en que se escuchan los últimos rumores de la tierra y las primeras armonías del cielo; aquí sostiene dulcemente la Religión las almas sensibles, sustituyendo al amor mas impetuoso una amante y la virgen, depurando los suspiros, trocándolos en una llama incorruptible una llama perecedera, y mezclando divinamente su tranquilidad y su inocencia, al resto de agitación y voluptuosidad de un corazón que aspira al descanso, y de una vida que se retira.»

»Ignoro lo que el cielo me reserva, y si ha querido advertirme que las tempestades me acompañarán siempre mis pasos. Habiase dado la órden para la partida de la flota; ya muchos bajeles habían aparejado al ponerse el sol; yo pasé la noche en tierra para escribir á Amelia mi carta de despedida. A media noche, mientras me ocupaba de este cuidado, humedeciendo el papel en lágrimas, el rumor del viento vino á llamar mi atención. Escuché, y en medio de la tempestad oír retumbar los cañonazos de leva, que se mezclaban con el sonido de la campana monástica. Volé á la orilla desierta, en que solo se escuchaba el estruendo de las olas, y sentéme sobre una roca: á un lado se extendían las ondas que centelleaban, y al otro, las sombrías paredes del convento se perdían vagamente en los cielos. Una luz escasa brillaba en la reja. ¡Eras tú, Amelia mía, que arrodillada al pié de un crucifijo, pedías al Dios de las tempestades mirase con bondad á tu desgraciado hermano? La tormenta en las olas y la calma en el retiro; los hombres estrellándose en los escollos al pié del imperturbable asilo, y lo infinito al otro lado de la pared de una celda; los agitados faroles de las naves, y el faro inmóvil del monasterio; la incertidumbre de los destinos del navegante, y la vestal que adivina en un solo día todos sus días futuros; á un lado un alma como la tuya, ¡oh Amelia! borrascosa como un Océano, y al otro un naufragio mas horroroso que el del marinero: todo aquel cuadro está aun grabado profundamente en mi memoria. ¡Sol de este nuevo cielo, ahora testigo de mis lágrimas; ecos de la costa americana, que repetis los acentos de René: este fue el día que siguió á aquella noche terrible,

en que apoyado en el castillo de popa de mi bajel, vi alejarse para siempre mi tierra natal! Durante largo rato contemplé en la costa los últimos balances de los árboles de mi patria, y las cúpulas del monasterio que se perdían en el horizonte.»

Al terminar René su historia, sacó de su pecho un escrito y lo entregó al padre Souël; luego, arrojándose en brazos de Chactas y ahogando sus sollozos, dejó al misionero el tiempo necesario para leer la carta que acababa de entregarle.

Era de la superiora de..., y contenía la relación de los últimos momentos de sor Amelia de la Misericordia, víctima de su celo y caridad, cuidando á sus hermanas, atacadas de una enfermedad contagiosa. Toda la comunidad estaba inconsolable, y miraba á Amelia como una santa. La superiora añadía que en treinta años que hacia se hallaba á la cabeza de la casa, no había visto religiosa alguna de un carácter tan bondadoso é igual, ni que con mayor alegría hubiese abandonado las tribulaciones del mundo.

Chactas estrechaba llorando á René en sus brazos, y le decía: «¡Hijo mio! yo quisiera que el padre Aubry se hallara presente, pues sabia sacar del fondo de su corazón cierta paz, que aunque las calmaba, no parecia estraña á las tempestades; era la luna en una noche borrascosa: las nubes que en su derredor se agitan no pueden arrastrarla en su carrera, pues inalterable y pura, adelantase sobre ellas en magestuosa tranquilidad. ¡Ay! A mi todo me agita y arrebata.»

El padre Souël había escuchado hasta entonces la historia de René, con austero semblante y sin proférer una palabra. Su corazón era compasivo, pero su exterior revelaba un carácter inflexible, y la sensibilidad del saquem le hizo al fin romper su silencio.

«Nada, dijo al hermano de Amelia, nada merece en tu historia la compasión de que eres objeto. Yo veo en tí un hombre obstinado en correr tras vanas quimeras, que de todo se disgusta, y que se sustrae á los deberes sociales para entregarse á estériles fantasías. Nadie se hace un hombre superior por mirar al mundo al través de un prisma odioso; no se aborrece á los hombres y á la vida sino por no saberse elevar á mayor altura. Extiende un poco mas tu vista, y no tardarás en convencerte que todos esos males de que te lamentas son una mera ilusión. ¡Cuán triste debe serte no poder pensar en la única desgracia real de tu vida, sin verte precisado á avergonzarte! Toda la pureza, toda la virtud, toda la religión, todas las coronas de una santa, bastan apenas para hacer tolerable la sola idea de tus amarguras. Tu hermana ha expiado su falta; pero si debo decir lo que pienso, temo que por una espantosa justicia, una confesión salida del fondo de la tumba, haya turbado á su vez tu alma. ¿Qué haces en los bosques, consumiendo en vano tus días y olvidando tus deberes? Dirasme acaso que los santos se sepultaron en los desiertos. Es cierto; pero derramaban en ellos lágrimas de arrepentimiento, y empleaban en extinguir sus pasiones el tiempo que tú pierdes tal vez en fomentar las tuyas. ¡Jóven presuntuoso, que has creído que el hombre se basta á sí mismo! La soledad es perjudicial para quien no la habita con Dios, pues redobla las facultades del alma al paso que les quita todo medio de ejercitarlas. Todo el que ha recibido fuerzas, debe consagrarlas al servicio de sus semejantes; y si las inutiliza, es castigado desde luego con una secreta miseria, y tarde ó temprano le envia el cielo un castigo espantoso.»

Aterrado por estas palabras, René levantó su humillada cabeza del seno de Chactas. El ciego saquem sonrió; y esta sonrisa de los labios, que no se enlazaba ya con la de los ojos, tenia algo de misterioso y celestial. «Hijo mio, dijo el anciano amante de Atabla, el padre Souël nos habla con severidad, y corri-

»ge igualmente al viejo y al joven : tiene razon. ¡Si
»es preciso que renuncies á esa vida extraordinaria
»llena de sinsabores, pues no hay felicidad sino en las
»sendas cumunes.

»Cansado un dia el Meschacébé, próximo aun á su
»manantial, de no ser sino un límpido arroyo, pidió
»nieves á las montañas, aguas á los torrentes y llu-
»vias á las tempestades; conseguido su deseo, inundó
»sus orillas y desoló sus encantadoras campiñas. El
»orgulloso rio se ufano de su poder; mas viendo que
»todo quedaba desierto á su paso, que corria abando-
»nado por una soledad, y que sus aguas eran siempre
»cenagosas, echó de menos el humilde cauce que le
»habia abierto la naturaleza, los pajarillos, las flores,

»los árboles y los arroyuelos, modestos compañeros
»un dia de su tranquilo curso.»

Chactas calló, y dejóse oír entonces la voz del fla-
menco, que oculto en las cañas del Meschacébé, anun-
ciaba una cercana tempestad. Los tres amigos se diri-
gieron á sus cabañas: René marchaba taciturno entre
el misionero que oraba, y el ciego saquem que busca-
ba su camino. Dicese que aconsejado por los dos an-
cianos, volvió á casa de su esposa, aunque sin hallar
la felicidad. Poco tiempo despues pereció con Chactas
y el padre Souël en la matanza de franceses y natchez,
de que fue teatro la Luisiana. Aun se enseña al viajero
el peñasco donde iba á sentarse al declinar el dia.

FIN DE RENÉ.